

UN EPISODIO DE DON, EL MILLONARIO QUE LLEGA DONDE
LA JUSTICIA NO PUEDE



PABLO POVEDA

ODIO

UN THRILLER PSICOLÓGICO DE AMOR, MISTERIO Y SUSPENSE

Don tiene todo lo que un hombre desea: una carrera exitosa y una vida cómoda en Madrid llena de lujos. Sin embargo, para él existe algo más importante que el dinero. La Navidad es un periodo de paz y felicidad para todos, menos para él. Mientras busca huir de su pasado, se cruzará en el camino de un peligroso criminal que pondrá su vida en peligro.

*El odio siempre mata, el amor nunca muere.
Mahatma Ghandi.*

CAPÍTULO 1

Calle de Preciados (Madrid)

15 de diciembre de 2015

La noche gélida y cerrada de la tarde servía de fondo perfecto para el alumbrado navideño. El olor a castañas asadas, las bombillas de diferentes tonos que pintaban las calles y los focos de colores que teñían los edificios más antiguos de la capital, daban una calidez única a la capital del país, propia de las películas estadounidenses, aunque más castizo. El bullicio de la gente se sumaba a la música callejera que salía de los radiocasetes y de los mendigos que pedían una limosna a cambio de unos villancicos. Eran fechas señaladas en el calendario. Momentos para olvidar, para dejar la reflexión a un lado, junto a los pecados y la falta de compromiso del año vivido. Días para darse, a uno mismo, un halo de esperanza y un poco de amor. Sin embargo, hacía tiempo que él había perdido la fe en todo y en todos. Vestido de traje y envuelto en un abrigo de paño negro, Don caminaba entre la gente con paso firme y semblante serio y confiado. El era un arquitecto adinerado, un hombre atlético, alto, de cabello corto y ondulado y con el semblante largo. Las muchachas que se cruzaban en su camino, no podían evitar su interés, por mucho que desearan disimularlo. La calle de Preciados era una de las arterias peatonales del consumo, actividad principal cuando se acercaba el nacimiento de Cristo. Con la mirada al frente, le resultaba incómodo obviar los rostros agotados que busca-

ban, desesperados, el regalo perfecto para ese familiar desagradecido. Obsequios que, en ocasiones, traían de vuelta la más profunda de las decepciones. El regalo, convertido en un mandamiento, era la primera de la lista.

A diferencia del resto de mortales, Don no estaba allí en busca de un regalo, ni para disfrutar del ambiente que ofrecía el centro de la ciudad. Tampoco caminaba con la intención de perdonar sus pecados, todo lo contrario. A escasos metros de él y entre la multitud de cabezas, un hombre de estatura media, entrado en años y con el cabello canoso, vestía una chaqueta de cuero rojo y caminaba de la mano de una joven de piernas finas, cabello dorado y cintura frágil. La diferencia de edad entre el hombre y la chica era tan notable que llamaba la atención de las miradas. El dinero abría puertas del amor inquebrantables por otros medios. Para el arquitecto, no era una sorpresa, ni algo que le importara, pues le traía sin cuidado donde cada uno se gastara sus ahorros. No obstante, existían puertas que nadie debía abrir, por mucho dinero o poder que alguien tuviera. Puertas que debían permanecer cerradas con el fin de evitar una desgracia.

El hombre a quien Don seguía se llamaba Manuel Sierra, un conocido empresario de la noche madrileña. Un individuo que había subestimado tantas veces a la suerte, que se había olvidado de ella.

Pero la suerte nunca olvida.

El arquitecto tenía un puñado de razones para acabar con él en ese mismo lugar y unas cuantas para no hacerlo. Si algo le frenaba, era su entorno, demasiado abierto como para escapar de allí sin ser visto. La Navidad era un periodo peligroso para las sorpresas. Las calles estaban llenas de agentes de seguridad, del orden público y de transeúntes en misiones secretas. Los ataques terroristas obligaban al Estado desplegar los dispositivos de seguridad más féreos. Por otra parte, tampoco era su modo de operar. Don no era un asesino, ni un criminal. Él solo llegaba donde la

justicia no podía. Su desgracia debía ser la cura de otros males o, al menos, era como el arquitecto interpretaba su sed de matar. Una patología que había sabido llevar en silencio con el paso de los años.

Continuó su paseo calle abajo entre hombres y mujeres que entorpecían la ruta con su ritmo pausado. Eran días de calma, pero también de mucha ansiedad, por lo que no extrañaba que alguien caminara con la atención en otra parte. Por muy diferente que fuera a los demás, sabía que, si no deseaba llamar la atención, tenía que actuar como el resto: en su vida, en el trabajo, en su modo de actuar. Sé como quieras, compórtate como los demás. Era una de las normas para pasar desapercibido en una sociedad especialista en detectar amenazas y anomalías. En el fondo, no más que un rasgo propio de la supervivencia humana. Sereno, daba por hecho de que Sierra no le reconocería. Solo se habían visto un par de veces y ni siquiera habían intercambiado palabra. Por el contrario, el millonario se había encargado de asegurarse la verdad. No podía cometer un fallo tan tonto. Cada una de sus víctimas debía tener deudas pendientes. Después pensó en la chica, que no tenía aspecto de ser su cita ni su pareja, tan solo una joven impresionada que habría conocido un par de noches antes. Para su infortunio, lo que esa joven desconocía era que, el hombre que la acompañaba, terminaría abusando de ella para después chantajearla. Esa era una de las formas de actuar del empresario. Una de las más livianas.

Bajo el resplandor de los focos, Don percibió el acné facial del rostro de la muchacha, descubierto por el maquillaje. El cutis suave y todavía terso le hizo saber que no llegaría a la veintena. No sería difícil espantarla, pensó. Estaba decidido a evitar otra desgracia, por lo menos, para ella.

Después, la pareja alcanzó la Gran Vía madrileña y se mezcló con la multitud de peatones. Unos metros atrás, el arquitecto les seguía impasible. Sabía a dónde se dirigían.

Introdujo la diestra en el bolsillo del abrigo, resguardada en un guante de cuero, y palpó un bisturí.

El tiempo se había agotado.

Sacó el teléfono y marcó un número.

—Mariano, recógeme en Gran Vía lo antes posible, a la altura del Capitolio.

La fiesta sería breve, aunque divertida.

CAPÍTULO 2

Los tubos de neón del Edificio Carrión brillaban con intensidad e intermitencia. Los vehículos formaban colas de tráfico en los seis carriles de la avenida. Por un instante, Don dio un vistazo a su alrededor para cerciorarse de que nadie le siguiera. Recordó aquellos años, más atrás, cuando todavía vivía en la residencia familiar, cuando las franquicias de comida rápida americana eran una fantasía y no, una realidad. Momentos pasados en los que su madre y él se protegían lejos del barrio de Vallecas, como hormigas en una metrópolis, escondidos tras el ruido de cafeteras y barras de bar. Le costó reconocerse a sí mismo frente a uno de los escaparates de una conocida firma de ropa. El pasado se lo había llevado todo, hasta su rostro. Ahora, era él quien se sentía un extraño caminando por el centro de la ciudad entre individuos como aquellos con los que apenas tenía en común.

La pareja se detuvo a escasos metros de una escalera y el arquitecto fingió mirar por el cristal de una tienda. Había estado cerca, pensó, pero aquel patán no encontraba el recibo para pagar su estancia. El arquitecto comenzó a sentir el impulso en su interior, una fuerza desgarradora que le hacía perder el control de sí mismo. Llevaba casi un año sin actuar. Las técnicas de relajación aprendidas le habían ayudado a controlar el ansia, pero nada era suficiente.

Apretó los puños y caminó hacia ellos. El empresario sacó una tarjeta de papel del bolsillo trasero de su pantalón.

—Estaba aquí todo el tiempo... —dijo riéndose de sí mismo. La chica levantó la mirada—. Hoy no estoy muy católico.

—Ya te digo —contestó ella.

Ni lo estarás, pensó el arquitecto caminando hacia la entrada. A veces, se preguntaba si las personas sabían cuándo llegaba su hora, si llegaban a percibirlo en el alma.

Bajaron los peldaños. Don pensaba seguirlos hasta el coche, pero algo cambió sus planes.

—Toma —dijo el hombre entregando su billetera a la chica—. Paga tú, necesito ir al baño. Serán las cervezas...

Ella sonrió y su flequillo recto se movió unos centímetros al girar el rostro. Por un segundo, su mirada y la del arquitecto se encontraron con tanta frialdad, que la chica agachó los párpados intimidada.

Lárgate, le dijo él sin mentar palabra.

Ella asintió.

Olía a orín, a humedad y a neumático. La punta del zapato amortiguó el portazo que el hombre había dado. El arquitecto entró en el baño y encontró la figura del madrileño, de espaldas, haciendo sus necesidades contra la pared. Cerró con cuidado y se quedó quieto frente a la entrada. Luego se aseguró de que los dos cuartos separados estuvieran vacíos. El hombre tarareaba una canción hasta que notó, en el espejo, el rostro del arquitecto. La primera impresión fue suficiente para darse cuenta de que algo no marchaba bien.

—¿Qué coño miras, tío? —Preguntó confundido. El arquitecto seguía con la mano en el interior del bolsillo agarrando el utensilio médico—. ¿Eres sordo, o qué?

Don sabía que tenía que actuar rápido antes de que la chica se preocupara más de la cuenta o algún cliente intentara entrar en los baños.

—Eres un hijo de perra —dijo el arquitecto mirándole a los ojos—. Esa chica no merece que la toques.

Sierra se cerró la cremallera del pantalón y sacó pecho. Sabía de lo que le hablaban y eso le irritó lo suficiente. Soltó aire, levantó el mentón y se meció el cabello hacia atrás. Desafiante, mostró el morro y levantó el índice.

—Escúchame bien, imbécil —dijo levantando la mano con amenaza—. Métete en tus asuntos, ¿te enteras? Si no quieres buscarte un problema bien gordo...

Don sonrió y miró al suelo. Sierra se encontraba a un par de metros de distancia. El arquitecto sacó el bisturí con sigilo y levantó la cara.

—Escúchame tú —respondió con voz grave y pausada—. Estos son mis asuntos y tú te has buscado el problema.

El empresario dio un paso al frente y todo quedó ahí. Antes de que pudiera reaccionar, la voz de Sierra se apagó ahogada en su propio auxilio. Se escuchó el regurgitar de la garganta y un corte abría en dos la nuez de su cuello. Mudo, se echó las manos sobre la garganta y nubló la vista. El tajo había sido preciso. Moribundo, se tambaleó desesperado, pero Don retrocedió observando sus movimientos. Era el momento especial en el que la magia sucedía. Disfrutar del adiós de otros, del arrepentimiento ajeno, a cambio de unos segundos de paz interior, a cambio de un halo de luz en la oscuridad en la que vivía. El gorgoteo se volvió más tosco y la víctima pronto perdió el equilibrio cayendo al suelo.

—Púdrete en el averno, cabrón.

Don abandonó el baño y caminó hacia la salida exterior. Minutos más tarde, la chica gritaría atemorizada. O no. Nunca lo sabría. Nadie preguntaría por él.

CAPÍTULO 3

Residencia de los Gutiérrez Donoso, barrio de Vallecas (Madrid)

10 de diciembre de 1985

Eran tiempos complicados en España. La banda terrorista ETA seguía con su lucha armada. Por la televisión, un joven de pelo corto y con el rostro cargado de odio aseguraba haber visto al desaparecido Mikel Zabaltza, en el cuartel de la Guardia Civil de Intxaurre, con una bolsa de plástico en la cabeza. Puso atención en el tenebroso testimonio y se guardó una imagen mental de su rostro enfurecido. Odio, una palabra, una carga emocional. Después imaginó la bolsa de plástico y varios pensamientos se recrearon en su conciencia. Las palabras del informativo quedaron en un segundo plano cuando el joven Ricardo escuchó aumentar el tono de la conversación que se producía en la cocina. Odio, volvió a repetir hacia sus adentros cuando se observó en el reflejo del cristal de un mueble del salón. Al otro lado de la puerta, la voz de su padre subía de tono, callando a su esposa sin miramientos. Ella, una mujer delgada y morena como el carbón. Él, un obrero delgado con tripa y barba de varios días. Un hombre que escondía en su apariencia una fuerte agresividad. Ricardo sabía lo que venía después. Pronto cumpliría seis años, apenas faltaban unos meses, pero era lo suficientemente maduro como para oler el desastre. Caminó temeroso hasta el marco de la puerta y se detuvo junto a la pared, tras la oscuridad. El tubo de luz

blanco iluminaba el umbral que conectaba la cocina con la sala de estar. Tras el marco, una lata de cerveza se abría. Se escuchó un chasquido metálico. Después, un profundo trago de satisfacción.

—Estás tú muy revoltosa hoy, Amparito... —dijo el hombre con voz rasgada y guardó silencio. El niño notó cómo se acercaba a ella—. ¿Desde cuándo el de las verduras tiene servicio a domicilio?

Su madre no contestó. La pausa se alargó más de la cuenta. El niño temblaba. Podía sentir la tensión del momento.

—Yo qué sé, Ramón... —dijo ella nerviosa—. Será para ganarse a los clientes.

—¿Me estás mintiendo, Amparito? —Preguntó serio y frío como un témpano. La sombra del tubo se alargó. El hombre agarró del brazo a la mujer y apretó con fuerza.

—Que no... Ramón... —respondió con la voz fragmentada. Estaba a punto de derrumbarse—. Te juro que no sé de qué me hablas...

—No me mientas, zorra... —murmuró y la soltó. La mujer recuperó la respiración y él dio un trago al bote de cerveza.

Ricardo suspiró como si fuera él a quien había agarrado y recordó en silencio el mantra que su madre le había dado para salir de aquellas situaciones. Su corazón se agitaba demasiado rápido. Sigiloso, caminó hasta el sofá para evitar que lo descubrieran, cuando su padre giró el rostro y sintió la presencia del chico alejarse de la cocina.

CAPÍTULO 4

Barrio de Salamanca (Madrid)

16 de diciembre de 2015

En la casa, *El clave bien temperado* de Bach envolvía el interior del salón principal decorado por un antiguo esbozo Picasso, obra que había comprado en una casa de subastas. Un apartamento amplio, blanco y minimalista, escaso en muebles y decoración. Arte, música, literatura. La búsqueda interior a través de la mirada de otros. Era todo lo que necesitaba y, aún así, no era suficiente para entender su existencia. Un lugar para vivir, un sitio en el que cobijarse del mundo que le absorbía. No siempre había sido así. Mucho antes, había tenido otra vida, un período que se reaparecía en sueños mientras dormía o caminaba despierto porque, para soñar, no siempre es necesario tener los ojos cerrados.

Tras levantarse, extendió una esterilla de goma y realizó varias series de ejercicios para tonificar su musculoso cuerpo. Lo había leído en algún libro. Era un buen método para rebajar la ansiedad. Después se desnudó y entró en la ducha de cristal del cuarto de baño. Todavía le quedaban imágenes de aquel hombre agonizando frente a sus ojos. Ni siquiera le había producido placer verlo morir. Algo iba mal, aunque no sabía el qué. Ricardo salió de la ducha con una toalla envuelta al cuerpo y el cabello mojado. Después preparó café y miró a su estantería: filosofía griega, oriental, libros sobre budismo, taoísmo, la Sagrada Biblia, manuales

de psicología, libros de finanzas... Guiado por el azar, agarró el lomo rojo de una vieja edición del Tao Te King, el viejo manuscrito chino que fundamentaba el taoísmo. Lo abrió por una página al azar y leyó.

*El que se alegra de vencer
es el que goza con la muerte de los hombres.
Y quien se complace en matar hombres
no puede prevalecer en el mundo.*

Las palabras tensaron los músculos sobrecargados de su abdomen. Cerró el libro de un golpe y lo devolvió a su lugar. El café silbó, apagó la vitrocerámica y vertió la pequeña cafetera sobre una taza.

—Empezamos bien... —murmuró en voz alta. El arquitecto pensó que, una vez neutralizada su víctima, sus sed de sangre desaparecería, pero no había sido así. Aquel impulso se apoderaba de él en períodos más cortos. Un círculo vicioso que lo llevaba mejor o peor, según la época. La Navidad le hacía sentir mal, por eso el dolor ajeno y la pérdida de otros calmaban su malestar. Era consciente de que, si seguía actuando de ese modo, tarde o temprano darían con él y terminaría entre rejas. Debía mantener su secreto a salvo y sabía que no podía confiar en nadie. Tal vez, esa fuera la razón por la que siempre estaba solo.

De pronto, sonó el teléfono. Era un mensaje de texto.

Mariano, su chófer, esperaba en la puerta del edificio para llevarle al trabajo.

*Barrio de Palomas (Madrid)
16 de diciembre de 2015*

Un Audio A8 de color negro esperaba en la puerta del edificio de Don con las luces encendidas. Eran las siete y media de la mañana. La capital española se mantenía oscura aunque por unas horas. Una brisa helada atizó su rostro. Di-

ciembre era un mes frío en el centro del país y eso le agradaba porque obligaba a la gente a meterse en los bares o quedarse en sus casas. Por suerte, no volvería a repetir lo de la tarde anterior por mucho tiempo. Don jamás caminaba por el centro de la ciudad y menos en aquellas condiciones. En cuanto a él, no estaba arrepentido. Sabía que había hecho lo correcto, en cierto modo. Darle vueltas al asunto, no le daría más que dolores de cabeza. Las reglas eran las reglas. Él actuaba como equilibrio del caos, restablecía el orden y juzgaba como los medios convencionales eran incapaces de hacer. Nada de fetiches de las víctimas ni sujetos escogidos al azar. La impunidad tenía un precio. A cambio, el transformaba aquella ansiedad y le devolvía a la sociedad lo que segundos antes le había arrebatado.

Sin embargo, aquello que le abrumaba era otro tema. Actuar, como él lo etiquetaba, le devolvía períodos de paz de meses, incluso años. Pero algo había salido mal. Puede que fueran las fechas, pensó. Don odiaba la Navidad, siempre buscaba una excusa para no pasarlas en su casa. Para ello, se encargaba de programar algún viaje de negocios en cualquier país que rescindiera de la celebración religiosa. Un hombre como él, no lo tenía complicado. Empero, a una semana de la fecha marcada, todavía no había encontrado la excusa para abandonar la oficina y desaparecer el mapa sin dejar rastro.

En el interior del vehículo le esperaba Mariano, su chófer, un hombre leal y servicial con una mancha en su historial. Manteniendo la distancia profesional, el conductor se había involucrado en servir al arquitecto. Ambos conocían el por qué. Todavía estaban familiarizándose, pero las conversaciones llevaban a interpretaciones en las que no era muy difícil perderse. Mariano había perdido a su mujer e hijo y estaba tan solo como Don. La rutina diaria de cada uno era el complemento que unía sus vidas y las mantenía a flote. Antes de que saliera su empleado a abrirle la puerta,